

violeta de las antigüedades que se esparcen en esta estación y de que estaban cubiertos los prados a lo largo del Saltz. Las bandadas de cuervos que dejaban las yedras y los agujeros de las ruinas, bajaban a los barbechos, reflejando en sus alas los albores de la mañana.

Celebrábase la fiesta de San Ruperto, tutelar de Salzburgo. Las aldeanas iban al mercado vestidas a la usanza de su aldea; su rubia cabellera y su nevada frente ocultábanse bajo una especie de cascotes de oro, adorno que agraciaba a las germanas. Cuando atravesé la ciudad, limpia y hermosa, vi en un campo dos o tres mil hombres de infantería, a quienes pasaba revista un general con su estado mayor. Aquellas filas blancas que surcaban un musgo verde y el resplandor de las armas al sol naciente, formaban una pompa digna de estos pueblos descritos, o, por mejor decir, cantados por Tácito. Marte, el teutón, ofrecía un sacrificio a la Aurora. ¿Qué hacían en este tiempo mis gondoleros de Venecia? Regocijábanse como las golondrinas después de la noche a la naciente aurora, y se preparaban a hender la superficie del agua; y a la noche se entregarán a la alegría, a las barcarolas y a los amores. Cada pueblo tiene su patrimonio particular, los unos brillan por la fuerza, los otros por los placeres; los Alpes hacen el repartimiento.

Desde Salzburgo hasta Linz, el campo es abundante y el horizonte se muestra a la derecha erizado de montañas. Las cercas de pinos y de hayas, oasis agrestes y parecidos, ostentan un cultivo bien entendido y variado. Rebaños de diferentes especies, aldeas, iglesias, oratorios y cruces, pueblan y animan el paisaje.

Un contratiempo ocurrido a mi coche me obligó a detenerme en Woknabrück. Recorriendo la posada, una puerta trasera me descubrió la entrada de un canal, más allá del cual se extendían praderas cubiertas de largas piezas de tela cruda. Un río que regaba el pie de vastas colinas, servía de ceñidor a estos prados. No sé qué oculta sensación me recordó la aldea de Plancouët, donde en mi niñez me había sonreído la felicidad. ¡Sombras de mis ancianos padres, no os esperaba en estas orillas! os acercáis a mí porque me acerco al sepulcro; vuestro asilo; pronto nos encontraremos. Mi buena tía, ¿cantáis todavía en las márgenes del Leteo vuestra canción del *Gavilán* y la *Golondrina*? ¿Habéis encontrado en la mansión de los muertos al versátil Tre-

migon, como Dido vió a Eneas en la región de los manes?

Cuando salí de Woknabrück espiraba el día; el sol me entregó a su hermana, y matizaba los cielos una luz de un colorido y suavidad indefinibles. Pronto la luna reinó sola, deseando tal vez reanudar nuestra conversación de los bosques de Haselbach, pero me era indiferente en aquellos momentos. Prefería a Venus, que se dejó ver a las dos de la madrugada del 25, tan hermosa como entre las auroras en que la contemplaba implorándola en los mares de Grecia.

Dejando a derecha e izquierda muchos misteriosos bosquecillos, riachuelos y valles, atravesé a Lambach, Wells y Neuban, pequeñas ciudades nuevas con casas sin techo, a la italiana. En una de estas casas se oía una música agradable, y las jóvenes asomábanse a las ventanas; en tiempo de los maroboduos no sucedía así.

En Linz mi pasaporte fué refrendado sin dificultad.

24 y 25 de septiembre de 1833.

Eran las tres de la mañana cuando atravesé el Danubio. Como era verano, le dije lo que ya no podía decirle en otoño, porque ni él tenía las mismas aguas, ni yo las mismas horas. Dejé lejos a mi izquierda mi buena aldea de Walmunchen, con sus pjaras de cerdos, el pastor Eumeo y la joven campesina que me miraba detrás de su padre; la sepultura del cementerio estará ocupada ya, y el difunto habrá sido devorado por algunos millares de gusanos por haber tenido el honor de ser hombre.

El señor y la señora de Bauffremont llegaron a Linz anticipándose a mí algunas horas, pero, a su vez, habían sido precedidos por muchos realistas, mensajeros de paz, que creían que la princesa caminaba tranquilamente a su espalda, mientras yo seguía a todos como la discordia con nuevas de guerra.

La princesa de Bauffremont, que había nacido en Montmorency, iba a Butschirad a cumplimentar a los reyes de Francia *Borbones*: nada más natural.

El 25, al cerrar la noche, entré en los bosques. Las cornejas chillaban en el aire, arremolinándose sobre los árboles cuyas copas iban a coronar. Heme aquí, que, rejuvenecido, vuelvo a ver las cornejas del mallo de Combours y creo volver a mi vida de familia en el antiguo castillo: ¡oh recuerdos! atravesáis el co-

razón como un cuchillo; ¡oh mi Lucila! ¡cuántos años nos han separado! La muchedumbre de mis días ha pasado ya, y, al disiparse, me permite ver mejor tu imagen.

Hallábame de noche en Thabor, cuya plaza, rodeada de arcadas, parecióme inmensa, pero la luz de la luna es falaz.

El 26 por la mañana, una niebla nos envolvió en una soledad sin límites; a las diez me pareció que pasaba entre dos lagos; encontrábame a pocas leguas de Praga.

La niebla desapareció. Las cercanías de esta capital son más animadas por el camino de Linz que por el de Ratisbona, y se descubren aldeas y castillos con cercados y estanques. Encontré a una mujer de semblante piadoso y resignado, abrumada bajo el peso de una enorme banasta; dos viejas que vendían algunas manzanas al borde de un foso; una joven y un joven sentados sobre la hierba, éste fumando, aquélla alegre, pasando el día al lado de su amigo y la noche en sus brazos; unos niños a la puerta de una cabaña que jugaban con sus gatos, o conducían ánades; unos pavos enjaulados que iban a Praga como yo para la mayoría de Enrique V, y, finalmente, un pastor que tocaba su trompeta mientras Jacinto, Bautista, el cicerone de Venecia y mi excelencia nos mecíamos en nuestro coche recompuesto: he aquí los destinos de la vida; no daría un bledo por la mejor.

Bohemia no me ofrecía ya nada nuevo; mis ideas estaban fijadas en Praga.

Praga, 29 de septiembre de 1833.

Al día siguiente de mi llegada a Praga envié a Jacinto a llevar una carta a la señora duquesa de Berry, a quien, según mis cálculos, debía encontrar en Trieste. En esta carta decía a la princesa «que yo había encontrado a la familia real en camino para Leoben, que muchos jóvenes franceses habían llegado para la época de la mayoría de Enrique, y que el rey les evitaba; que había visto a la señora Delfina, que me había invitado a dirigirme inmediatamente a Butschirad, donde todavía estaba Carlos X; que no había visto a la señorita porque se encontraba algo indispueta, pero que me habían hecho entrar en su aposento, cuyas vidrieras estaban cerradas; que me había alargado en la obscuridad su mano ardiente rogándome que salvase a todos. «Que me había encaminado a Butschirad; que había visto al señor de Blacas y hablado con él acerca de la declaración de la mayoría de Enrique V; que, introducido en la regia cámara, había hallado dormido al rey, y que habiéndole en seguida presentado la carta de la señora duquesa de Berry me había parecido muy contrario a mi augusta cliente, y que, por lo demás, la pequeña acta redactada por mí acerca de la mayoría parecía haberle agradado.»

La carta terminaba con el siguiente párrafo:

«Ahora, señora, no debo ocultaros que hay mucho mal en todo esto. Nuestros enemigos se reirían con razón si nos viesen disputarnos un trono sin reino, y un cetro que no es sino el báculo en que apoyamos nuestros pasos en la peregrinación, larga tal vez, de nuestro destierro. Todos los inconvenientes están en la educación de vuestro hijo, y no veo probabilidad alguna de que mejore. Regreso, por consiguiente, al seno de los pobres que la señora de Chateaubriand mantiene, donde estaré siempre a vuestras órdenes. Si algún día sois dueña absoluta de Enrique, y seguís creyendo que este precioso depósito puede serme entregado, me consideraré tan feliz como honrado consagrándole mis últimos días; pero no puedo encargarme de tan abrumadora responsabilidad sino a condición de ser, bajo vuestros consejos, enteramente libre en mis elecciones e ideas, e instalándome en un país independiente, fuera del círculo de las monarquías absolutas.»

En la carta incluía esta copia de mi proyecto de declaración de mayoría de edad:

«Nos, Enrique V, habiendo llegado a la edad en que las leyes del reino fijan la mayoría del heredero del trono, queremos que el primer acto de esta mayoría sea una protesta solemne contra la usurpación de Luis Felipe, duque de Orleans. En su consecuencia, y por acuerdo de nuestro Consejo, publicamos la presente acta para el sostén de nuestros derechos y los de los franceses. Dada a 30 de septiembre del año de gracia de 1833.»

Praga, 30 de septiembre de 1833.

Mi carta a la duquesa de Berry mencionaba los hechos generales, pero sin entrar en detalles. Cuando vi a la señora de Gontaut en medio de las maletas y de las bacas abiertas, arrojóse en mis brazos y dijo sollozando: «¡Sálveme! ¡Sálvenos!» «¿Y de qué he de salvarla,

señora? Acabo de llegar y no sé una palabra.» Hradschin estaba desierto; hubiérase dicho que allí también había habido las jornadas de julio y el abandono de las Tullerías, como si las revoluciones se adhiriesen a los pasos de la raza proscripita.

Algunos jóvenes felicitaron a Enrique por su mayoría de edad. Sobre muchos de ellos pesa una sentencia de muerte; algunos, heridos en la Vendée, casi todos pobres, hanse visto forzados a cotizarse para poder llevar hasta Praga la expresión de su fidelidad. Una orden les cierra en seguida las fronteras de Bohemia. Los que pueden llegar a Butschirad, son admitidos después de los mayores esfuerzos; la etiqueta les cierra el paso, como los gentileshombres de cámara defendían en Saint-Cloud la puerta del gabinete de Carlos X, mientras que la revolución entraba por las ventanas. Dícese a aquellos jóvenes que el rey se marcha y que no volverá a Praga hasta el 29. Pídense los caballos, y la familia real arregla sus equipajes. Si los viajeros consiguen al fin el permiso de decir, lo más brevemente posible, algún cumplimento, se les escucha con temor. Ni un vaso de agua se ofrece a aquel pequeño grupo de fieles, ni se les invita a sentarse a la mesa del huérfano a quien vinieron a buscar de tan lejos, por lo que se ven obligados a beber en una taberna, a la salud de Enrique. Huyen a la vista de un puñado de vandeanos, como no ha mucho se dispersaron ante un centenar de héroes de julio.

Hasta en los mismos rigores de la Providencia parecía ocultarse un medio de salvación: la expatriación separa al huérfano de lo que amenazaba perderle en las Tullerías; en la escuela de la adversidad, habría podido educarse bajo la dirección de algunos hombres del nuevo orden social, hábiles para instruirle en las nuevas monarquías. En vez de tomar esos maestros del momento, lejos de mejorar la educación de Enrique V, se la perjudica por la intensidad que origina la vida en familia; en las veladas de invierno, algunos ancianos, atizando los siglos en un rincón del fuego, enseñan al niño días de los que nada en el mundo puede hacer volver el sol; le convierten las crónicas de Saint-Denis en cuentos de nodriza; los dos primeros barones de la Edad Moderna, la *Libertad* y la *Igualdad*, podrían muy bien obligar a Enrique *sin tierra* a dar una gran carta.

La Delfina habíame comprometido a

hacer la excursión a Butschirad, y los señores Dufougerais y Nugent me condujeron en embajada a Carlos X, la noche misma de mi llegada a Praga. A la cabeza de la diputación de los jóvenes, iban a terminar las negociaciones comenzadas acerca del asunto de la presentación. El primero, implicado en mi proceso ante la *cour d'assises*, había defendido su causa con mucho talento; el segundo acababa de cumplir un encarcelamiento de ocho meses, por delito de imprenta realista. El autor del *Genio del Cristianismo* tuvo, pues, el honor de presentarse al rey cristianísimo, sentado en un coche de plaza, entre el autor de la *Mode* y el autor del *Revenant*.

BUTSCHIRAD. — SUEÑO DE CARLOS X. — ENRIQUE V. — RECEPCIÓN DE LOS JÓVENES. — LA ESCALERA Y LA ALDEANA. — LA SEÑORA DE NARBONNE. — ENRIQUE V. — PARTIDA DE WHIST. — CARLOS X. — MI INCREUDULIDAD SOBRE LA DECLARACIÓN DE MAYORÍA. — LECTURA DE PERIÓDICOS. — ESCENA DE LOS JÓVENES EN PRAGA. — SALGO PARA FRANCIA. — PASO DELANTE DE BUTSCHIRAD DE NOCHE. — ENCUENTRO EN SCHLAU. — CARLSBAD VACÍO. — HOLLFELD. — BAMBERG: EL BIBLIOTECARIO Y LA JOVEN. — MIS DIVERSOS SAN FRANCISCOS. — PRUEBA DE RELIGIÓN. — FRANCIA.

Praga, 30 de septiembre de 1833.

Butschirad es una *villa* del gran duque de Toscana, situada a unas seis leguas de Praga, en el camino de Carlsbad. Los príncipes austriacos tienen sus patrimonios en su país, y sólo son, allende los Alpes, poseedores vitalicios; son arrendatarios de Italia. Llegase a Butschirad por una triple alameda de manzanos. La *villa* no tiene apariencia alguna; sus dependencias le dan cierta semejanza a un hermoso cortijo, y domina, en medio de una desnuda llanura, una aldea confundida entre árboles verdes y una torre. El interior de la vivienda es un contrasentido italiano, bajo los 50° de latitud; en sus grandes salones no hay chimeneas ni estufas. Las habitaciones están tristemente enriquecidas con los despojos de Holy-Rood. El palacio de Jacobo II, que amuebló de nuevo Carlos X, ha proporcionado, por la almoneda que de lo que había en él se hizo, las butacas y los tapices.

Cuando, a las ocho de la noche del día

27, llegué a Butschirad, el rey estaba acostado porque tenía calentura. El señor de Blacas me hizo entrar en la habitación de Carlos X, como se lo había dicho a la duquesa de Berry. Una pequeña lámpara ardía encima de la chimenea y, en el silencio de las tinieblas, sólo se percibía la anhelosa respiración del trigésimo quinto sucesor de Hugo Capeto. ¡Oh mi viejo rey! vuestro sueño era penoso; el tiempo y la adversidad, pesadillas opresoras, estaban sentadas sobre vuestro pecho. Un joven se aproximaría al tálamo de su joven esposa, con menos amor que respeto sentía yo al dirigirme con pie furtivo hacia vuestro lecho solitario. ¡Al menos no era yo un horrible ensueño como el que os despertó para ir a ver morir a vuestro hijo! Os dirigía mentalmente estas palabras, que no hubiera podido pronunciar en alta voz sin desahermarme en lágrimas: «¡El cielo os guarde de todo mal venidero! ¡Dormid en paz esas noches vecinas de vuestro último sueño! ¡Demasiado tiempo han sido vuestras viglias las del dolor! ¡Que ese lecho del destierro pierda su dureza aguardando la visita de Dios, porque sólo él puede hacer ligera para vuestros huesos la tierra extranjera!»

El 28 de septiembre, después de haberme recibido Carlos X al borde de su cama, me hizo llamar Enrique V, sin que hubiera yo solicitado verle. Le dirigí algunas palabras graves acerca de su mayoría de edad y acerca de los leales franceses, cuya fidelidad le había ofrecido unas espuelas de oro.

Por lo demás, fuera imposible verse mejor tratado de lo que yo lo fui. Mi llegada había esparcido la alarma y temíase la relación de mi viaje a París. Para mí eran, pues, todas las atenciones, mientras los demás eran desatendidos. Mis compañeros, dispersos, muriendo de sed y de hambre, vagaban por los corredores, por las escaleras, por los patios del palacio, en medio del azoramiento de la servidumbre y de los preparativos para su evasión, oyéndose por todas partes juramentos y careajadas.

A la guardia austriaca le llamaban la atención aquellos individuos con bigotes y en traje de campesinos, y sospechaba que fuesen soldados franceses disfrazados, que trataban de apoderarse de Bohemia por sorpresa.

Mientras se desencadenaba aquella tormenta en el exterior, Carlos X me decía en el interior:

«—Me he ocupado en corregir el acta de mi *gobierno* en París. Tendrá por colega al señor de Villele, como solicitó usted, el marqués de Latour-Maubourg y el canciller.»

Di las gracias al rey por sus bondades, admirando las ilusiones de este mundo. Cuando la sociedad se derrumba, cuando la luz de la tierra se renueva, Carlos establece en Praga un *gobierno* en Francia, oído el parecer de su consejero. No nos burlemos mucho: ¿quién de nosotros no se ha forjado una quimera? ¿Quién de nosotros no da pábulo a nacientes esperanzas? ¿Quién de nosotros no tiene su *gobierno in petto*, oído el parecer de sus pasiones? La burla no me cuadra, a mí, el hombre de los sueños. Estas *Memorias* que emborrono al galope, ¿no son, acaso, mi *gobierno*, oído el parecer de mi vanidad? ¿No creo, acaso, hablar muy seriamente al porvenir que está tanto a mi disposición, como Francia a las órdenes de Carlos X?

El cardenal Latil, no queriendo encontrarse en medio de la algazara, fué a pasear algunos días en casa del duque de Rohán. El señor de Foresta cruzaba misteriosamente con una cartera debajo del brazo; la señora de Bouillé me hacía profundas cortesías, como una persona que está de marcha, con los ojos bajos que parecían querer ver a través de los párpados; el señor La Villate esperaba recibir su licencia; no se trataba ya del señor de Barrande, que se jactaba vanamente de volver a la gracia y permanecía en un rincón de Praga.

Iba a hacer mi corte al Delfín y, por lo tanto, nuestra conversación fué breve:

«—¿Cómo se encuentra Monseñor en Butschirad?»

»—Pasando.

»—Otro tanto hacemos todos, Monseñor.

»—¿Y vuestra esposa?»

»—Tiene dolor de muelas, Monseñor.

»—¿Fluxión?»

»—No, Monseñor; achaques del tiempo.

»—¿Come usted con el rey? Volveremos a vernos.»

Y nos separamos.

Praga, 28 y 29 de septiembre de 1833.

A las tres estaba libre y, como hasta las seis no se comía, no teniendo nada que hacer, paseábame por entre unas

alamedas de manzanos dignos de Normandía. La recolección del fruto de estos falsos naranjos, asciende en los años buenos a la suma de diez y ocho mil francos. Las camuesas se exportan para Inglaterra. No se hace sidra con ellas; porque el monopolio de la cerveza en Bohemia se opone a ello. Según Tácito, los germanos tenían palabras para significar la primavera, el verano y el invierno, pero carecían de ellas para designar el otoño, del que ignoraban el nombre y los presentes: *nomen ac bona ignorantur*. Después de los tiempos de Tácito les ha llegado una Pomona.

Rendido de cansancio, me senté sobre los travesaños de una escalera de mano que estaba apoyada contra el tronco de un árbol. Allí me hacía la ilusión de que me encontraba en la claraboya del palacio del Butschirat, o en la balastrada del aposento del consejo. Al mirar el techo que cubría la triple generación de mis reyes, recordé aquellas quejas del Maoual árabe: «Aquí hemos visto desaparecer bajo el horizonte las estrellas que tanto nos gusta ver nacer bajo el cielo de nuestra patria.»

Arrullado por estas ideas tristes, me dormí. Una voz dulce me despertó. Era una labriega bohemia que venía a coger manzanas; adelantando el pecho e irguiendo la cabeza me hizo un saludo eslavo con una sonrisa de reina; creí caer de mi pértiga. Le dije en francés: «Es usted muy linda; le doy las gracias.» Conocí por su aire que me había comprendido: las manzanas entran siempre por algo en mis encuentros con las bohemias. Descendí de mi escalera como uno de esos condenados de los tiempos feudales, salvados por la presencia de una mujer hermosa. Pensando en Normandía, en Dieppe, en Fervacques, y en el mar, tomé de nuevo el camino del Trianón de la vejez de Carlos X.

Sentámonos a la mesa el príncipe y la princesa de Bauffremont, el duque y la duquesa de Narbona, los señores de Blacas, Damas, O'Hégerty, yo, el Delfín y Enrique V; hubiera preferido ver allí a aquellos jóvenes mejor que yo. Carlos X no comió; se cuidaba para poder estar en estado de partir al día siguiente. El banquete fué ruidoso, gracias a la charlatanería del joven príncipe, que no cesó de hablar de su paseo a caballo, de su caballo, de las travesuras de su caballo sobre la hierba y de los re-

soplidos de su caballo en las tierras labradas. Esta conversación era muy natural, y, sin embargo, me afligía, porque hubiera preferido nuestras antiguas conversaciones acerca de los viajes y la historia.

El rey vino y habló conmigo, felicitándome nuevamente por la redacción de la nota de la mayoría de edad, que era de su agrado, porque, dejando a un lado las abdicaciones, como hecho consumado, no exigía más firma que la de Enrique, y no recrudecía herida alguna. Según Carlos X, la nota sería devuelta de Viena, al señor Pastoret, antes de mi regreso a Francia; me incliné con una sonrisa de incredulidad. S. M., después de haberme dado algunos golpes en el hombro, según su costumbre, me dijo:

«—Chateaubriand, ¿a dónde va ahora?»

»—Tontamente a París, señor.

»—No, no tontamente—repuso el rey, tratando de adivinar, con cierta inquietud, el fondo de mi pensamiento.

Trajeron los diarios, y el Delfín, que se apoderó de las gacetas inglesas, tradujo de pronto, y en medio de un profundo silencio y en alta voz, este párrafo del *Times*: «Se encuentra aquí el barón de\*\*\*, de cuatro pies de estatura, de setenta y cinco años de edad, y tan verde como si sólo contara cincuenta», y, luego, monseñor se calló.

Quando se retiró el rey, me dijo el señor de Blacas: «Debiera usted venir a Leoben con nosotros»; pero ni esta proposición era formal, ni yo tenía el menor deseo de presenciar una escena de familia; no quería ni dividir parientes, ni mezclarme en reconciliaciones peligrosas. Cuando entreví la probabilidad de llegar a ser el favorito de uno de los dos poderes, me estremecí y la posta no parecía bastante ligera para alejarme de mis probables honores. La sombra de la fortuna me hacía temblar, como la sombra del caballo de Ricardo hacía temblar a los filisteos.

El día siguiente, 28, me encerré en la posada de los Baños y escribí mi despacho a la duquesa, y aquella misma tarde salía Jacinto para llevarlo a su destino.

El 29 fui a ver al conde y a la condesa de Chotek, a quienes encontré aturridos por la baraúnda de la corte de Carlos X. El gran burgrave enviaba una multitud de estafetas para levantar la consigna que detenía a los jóvenes en la frontera. Por lo demás, los que se

Del 29 de septiembre al 6 de octubre de 1833.

veían por las calles de Praga, nada habían perdido de su carácter francés; un legitimista y un republicano, dejando aparte la política, son unos hombres mismos; ¡era un barullo, una burla, un gozo! Los viajeros venían a mi casa a contarme sus aventuras. M..... había visitado Francfort con un *cicerone* alemán, entusiasmado por los franceses: M..... le preguntó la causa, y el *cicerone* contestó: «Los franceses, al venir a Francfort, bebían el vino y enamoraban a las lindas mujeres de los menestrales. El general Augereau impuso 41 millones de contribución a la ciudad de Francfort.» He aquí las razones por que amaban tanto a los franceses en Francfort.

En mi mesón sirvióse un espléndido almuerzo que fué pagado por los ricos, y a orillas del Moldau bebióse vino de Champaña a la salud de Enrique V, que iba corriendo por los caminos con su abuelo, por temor a oír los brindis dirigidos a su corona. A las ocho, arreglados ya mis asuntos, subí al carruaje con el propósito de no volver a Bohemia en toda mi vida.

A las diez paso por delante de Butschirad, a través de la campiña muda, vivamente iluminada por la luna. Distingo la masa confusa de la Villa, de la aldea y de la ruina que habita el Delfín; mientras el resto de la familia real viaja. Este aislamiento tan profundo me afecta: ese hombre (lo he dicho ya) tiene virtudes; moderado en política, conserva pocas preocupaciones; no tiene más que una gota de sangre de San Luis en las venas, pero la tiene; su probidad no tiene ejemplo, su palabra es inviolable como la de Dios. Naturalmente valeroso, su piedad filial lo perdió en Rambouillet. Bravo y humano en España, tuvo la gloria de devolver un reino a su pariente y no pudo conservar el suyo. Desde las jornadas de julio, Luis Antonio pensó solicitar asilo en Andalucía, pero Fernando se lo hubiera sin duda negado. El marido de la hija de Luis XVI, languidece en un pueblecito de Bohemia; un perro, cuyos ladridos oigo, es el único guarda del príncipe: así ladra el Cerbero a las sombras, en las regiones del silencio, de la muerte y de la noche.

A las cuatro de la tarde del día 29 entré en Praga y me apeé en la fonda de los Baños. Ya no vi a la joven criada sajona, que había vuelto a Dresde a consolar con los cantos de Italia los cuadros desterrados de Rafael.

En Schlau, a media noche, delante del parador de la silla de posta, mudaba el tiro un carruaje. Al oír hablar francés, saqué la cabeza por la ventanilla y dije: «¿Van ustedes a Praga, señores? No hallarán allí a Carlos X, ha marchado con Enrique V.» Me nombré. «¡Cómo! ¡Se ha marchado! — exclamaron varias voces a un tiempo—. ¡Adelante, postillón, adelante!»

Mis ocho compatriotas, detenidos en Egra, habían obtenido, al fin, permiso para continuar su camino, pero escoltados por un oficial de policía. Curioso es, en 1833, mi encuentro con un convoy de servidores del altar y del trono enviados por la legitimidad francesa bajo la escolta de un esbirro. En 1822 había visto pasar por Verona convoyes de carbonarios custodiados por gendarmes. ¿Qué quieren, pues, los soberanos? ¿A quiénes reconocen por amigos? ¿temen acaso al demasiado creído número de sus partidarios? En vez de simpatizar con la fidelidad, tratan a los hombres consagrados a su corona como propagandistas y revolucionarios.

El maestro de postas de Schlau acababa de inventar el acordeón. Vendíome uno y toda la noche hice trabajar el fuelle, cuyo sonido se llevaba para mí el recuerdo del mundo.

Carlsbad, que atravesé el 30 de septiembre, estaba desierto, como el salón de un teatro después de la función. En Egra encontré al recaudador que me había hecho caer de la luna en donde me encontraba en el mes de junio con una señora de la campiña romana.

En Hollfeld no había ya vencejos ni pequeña esportillera, lo que me contristó mucho. Tal es mi naturaleza; idealizo los personajes reales y personifico los sueños, variando de lugar la materia y la inteligencia. Una muchacha y un pájaro aumentan hoy la multitud de seres de mi creación, de que mi imaginación está poblada, como esos seres efímeros que juguetean en los rayos del sol. Perdonad, estoy hablando de mí y me acuerdo de ello demasiado tarde.

He aquí Bamberg. Padua me trajo a la memoria a Tito Livio; el padre Herrion encontró en Bamberg la primera parte del tercero y del trigésimo libro del historiador romano. Mientras cenaba en la patria de Joaquín Camerarius y de Clavius, el bibliotecario del pueblo vino

a felicitarle por mi renombre, el primero del mundo, según él, lo que me regocijaba hasta los tuétanos. Llegó en seguida un general bávaro, y, al salir del mesón para meterme de nuevo en el coche, la muchedumbre se agrupaba en torno mío. Una mujer joven habíase subido sobre un guardacantón, como la *Sainte Beuve*, para ver pasar al duque de Guisa. Vi que se refa y: «¿Se burla usted de mí», le pregunté. «No—respondió en francés, con un acento alemán—. ¡Es que estoy tan contenta!»

Desde el 1.º al 4 de octubre volví a ver los sitios que había visto tres meses antes. El 4 tocaba ya la frontera de Francia. El día de San Francisco es para mí, todos los años, un día de examen de conciencia. Vuelvo mis miradas hacia lo pasado y me pregunto dónde estaba, qué hacía el día del precedente aniversario. En este año de 1833, sometido a mi vagabundo destino, el día de San Francisco me ha encontrado errante. A orillas del camino descubro una cruz, que se levanta entre un grupo de árboles que dejan caer silenciosos, sobre el Hombre-Dios crucificado, algunas hojas marchitas. Veintisiete años atrás, pasé el día de San Francisco al pie del verdadero Gólgota.

Mi patrono visitó también el Santo Sepulcro. Francisco de Asís, fundador de las órdenes mendicantes, hizo dar, en virtud de esta institución, un paso considerable al Evangelio, que no ha sido suficientemente notado; acabó de introducir al pueblo en la religión, revistiendo al pobre con el hábito del fraile; obligó al mundo a la caridad, realzó al mendicante a los ojos del rico y, en una milicia cristiana proletaria, estableció el modelo de esa fraternidad de los hombres que Jesús predicó, fraternidad que será el complemento de esa parte política del cristianismo no desarrollado todavía, y sin la cual nunca habrá libertad y justicia sobre la tierra.

Mi patrono extendía su ternura fraternal hasta los animales mismos, sobre los cuales parecería haber reconquistado, por su inocencia, el imperio que sobre ellos ejercía el hombre antes de su caída; les hablaba como si lo comprendiesen, y les daba el nombre de *hermanos* y de *hermanas*. Cerca de Ravena, mientras pasaba, rodeóle una multitud de pájaros, a los que saludó, diciéndoles: «Hermandades, amad y load a Dios, porque os ha vestido con plumas y os ha dado el poder de volar por el cielo.» Los pájaros

del lago de Rieti le seguían. Poníase muy contento cuando encontraba rebaños de carneros y sentía por ellos una compasión extremada: «Hermandades, venid a mí.» A veces, a costa de su mismo traje, rescataba algún corderillo que conducían al matadero; se acordaba del dulcísimo Cordero, *illius memor agni mitissimi*, inmolado por la salvación de los hombres. Una cigarra moraba en la rama de una higuera, cerca de su puerta en la Porciúncula. El la llamaba y venía a posarse sobre su mano: «Hermandades, cigarra—le decía—, canta al Dios tu Criador.» Otro tanto hizo con un ruiseñor y fué vencido en los conciertos por el pájaro que bendijo y que huyó después de su victoria. Veíase precisado a hacer llevar a los lejanos bosques a los pequeños animales salvajes que acudían a él buscando asilo en su seno. Cuando quería orar por las mañanas, imponía silencio a las golondrinas, y ellas se callaban. Un joven iba a Siena a vender tórtolas; el servidor de Dios le rogó que se las diese, para que no matasen a aquellas palomas que, en la Escritura, son el símbolo del candor y la inocencia. El santo las llevó a su convento de Ravacciano. Clavó su bastón a la puerta del monasterio y el bastón se trocó en una hermosa encina verde; el santo dejó que las tórtolas se fueran a ella y les mandó que allí fabricasen su nido, lo que hicieron por espacio de muchos años.

Moribundo Francisco, quiso salir del mundo como en él había entrado. Ordenó que su cuerpo desnudo fuese enterrado en el sitio donde se ejecutaba a los criminales, a imitación de Cristo a quien había tomado por modelo. Dictó un testamento en un todo espiritual, pues sólo podía legar a sus hermandades la pobreza y la paz: una santa mujer le colocó en la tumba.

Debía contar como una dicha el haber pisado el suelo de Francia en el día de mi santo; pero, ¿tengo yo patria? En esa patria, ¿he gozado, acaso, un momento de reposo? El 6 de octubre por la mañana, volví a entrar en mi *Enfermería*. El cordonazo de San Francisco reinaba todavía. Mis árboles, refugios nacientes de las miserias recogidas por mi mujer, se plegaban bajo la cólera de mi patrono. Por las noches, a través de los olmos de espeso ramaje de mi bulevar, distinguí los reverberos agitados, cuya luz, medio apagada, vacilaba como la pequeña lámpara de mi vida.

POLÍTICA GENERAL DE ACTUALIDAD. — LUIS FELIPE. — THIERS

París, calle del Infierno, 1837.

Si, pasando de la política de la legitimidad a la política general, vuelvo a leer lo que he publicado acerca de esta misma política en los años de 1831, 1832 y 1833, mis previsiones han sido sobrado justas.

Luis Felipe es un hombre de talento cuya lengua no cesa de decir lugares comunes. Gusta a Europa que nos tacha de no haber conocido su valor; Inglaterra se complace al ver que, como ella, hemos destronado un rey y los otros soberanos abandonan a la legitimidad que no hallaron. Obediente Felipe, ha dominado a los hombres que se le han acercado; ha hecho un juego de sus ministros, los ha tomado, despedido, vuelto a tomar y vuelto a despedir después de haberlos comprometido, si hay algo que hoy pueda comprometer.

Habiendo comprendido el cansancio de los tiempos y la vileza de las almas, Felipe ha obrado a sus anchas. Leyes de intimidación han suprimido las libertades, así como lo había anunciado en la época de mi discurso de despedida a la Cámara de los Pares, y nada ha sucedido; se han cometido arbitrariedades, se ha degollado en la calle Transnonain, se ha ametrallado a Lyon, intentado numerosos procesos por delitos de imprenta, se han encarcelado ciudadanos, deteniéndoles meses y años en los calabozos por medida preventiva, y se ha aplaudido. El país gastado, que ya nada entiende, lo ha sufrido todo, y apenas hay un hombre que no esté en oposición consigo mismo. Por espacio de años y años, de meses y meses, hemos escrito, dicho y hecho, todo lo contrario de lo que hemos escrito, de lo que hemos dicho y de lo que hemos hecho. En fuerza de sonrojarnos, ya no nos sonrojamos; nuestras contradicciones se pierden en nuestras memorias, a fuerza de multiplicarse. Para concluir, tomamos el partido de afirmar que nunca hemos variado, o que lo hemos hecho por la transformación progresiva de nuestras ideas y por nuestra comprensión iluminada por los tiempos. Los acontecimientos tan rápidos nos han envejecido tan pronto, que, cuando se nos recuerdan nuestros gestos de una época pasada, nos parece que se nos habla de

otro hombre y no de nosotros; y, luego, haber variado, es haber hecho lo que todo el mundo.

Felipe no ha creído, como la rama restaurada, que tuviese precisión, para reinar, de dominar todos los pueblos; ha juzgado que le bastaba ser dueño de París; por consiguiente, si alguna vez pudiera hacer de la capital una plaza de armas, con una guarnición de sesenta mil pretorianos, se creería seguro. Europa lo dejaría obrar, porque persuadiría a los soberanos de que lo hacía con el propósito de sofocar la revolución en su vieja cuna, dejando en arras entre las manos de los extranjeros, las libertades, la independencia y el honor de Francia. Por lo demás, es el único príncipe que actualmente pueden soportar los franceses. Encontramos momentáneamente en su persona lo que basta a nuestros hábitos de corona y a nuestras inclinaciones democráticas; obedecemos a un poder que creemos tener derecho de insultar; es cuanta libertad necesitamos: nación de rodillas, abofeteamos a nuestro señor, restableciendo el privilegio a sus pies y la igualdad en su mejilla. Embrollador y astuto, Luis XI de la edad filosófica, es monarca de nuestra elección, conduce diestramente la nave sobre barro líquido. La rama mayor de los Borbones se ha secado menos un retoño; la rama mayor está podrida. El jefe inaugurado en la *Maison-de-Ville*, nunca ha pensado más que en él y sacrifica a los franceses a lo que él cree su seguridad. Cuando se discute sobre lo que convendría a la grandeza de la patria, se olvida la naturaleza del soberano, que está persuadido de que perecería por los medios que salvarían a Francia; según él, lo que haría vivir la dignidad real mataría al rey. Por lo demás, nadie tiene derecho a despreciarle, porque todos están al nivel de ese desprecio. Mas sean cuales fueren las prosperidades que sueña en último resultado, o él, o sus hijos, no prosperarán, porque olvida a los pueblos de quienes todo lo tiene. Por otra parte, los reyes legítimos que abandonan a los reyes legítimos, caerán, porque no impunemente se reniega de su principio. Si varias revoluciones han sido por un instante desviadas de su curso, no dejarán por eso de engrosar el torrente que socava el antiguo edificio: nadie ha hecho su papel, nadie se salvará.

Felipe tiene medios para hacer menos rápida la marcha del destino, pero no